

Por Miguel FISAC

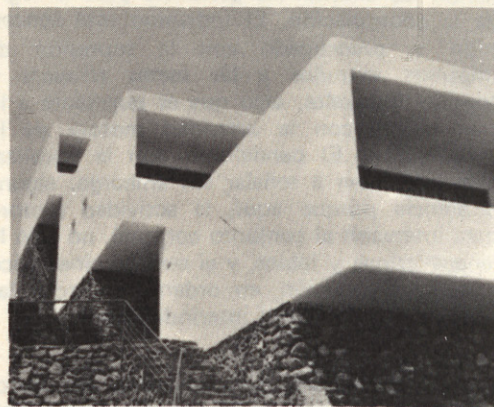
Cualquier arquitecto que tenga conciencia de la jerarquía que su labor profesional debe ocupar en el contexto cultural que le ha correspondido vivir, tiene que desarrollar ese ejercicio profesional dentro de un cierto itinerario ideológico dinámico y personal, y a la vez, asistir a lo que yo llamo; "ver pasar los trenes". Voy a explicarme. Cada cierto número de años, suele formarse un cuerpo de doctrina arquitectónica avalado generalmente por una teorización filosófica más o menos profunda y que se materializa en una serie, mejor o peor, de edificaciones concretas realizadas por arquitectos renombrados que imponen un determinado gusto sobre las formas plásticas del momento y vienen a crear una moda que arrastra estéticamente a una gran masa amorfa de arquitectos y de diseñadores industriales que les acompañan. A estos modos y modas compactos yo suelo llamarlos trenes. Pues bien, a lo largo de mi vida profesional he visto pasar varios de estos trenes y he visto también cómo muchos profesionales sin talento, y hasta algunos que parecía que lo tenían, subían precipitadamente a estos trenes y miraban con desprecio a los que modestamente seguíamos, a pie, nuestro propio camino. Recordemos a aquellos que en la década de los 50, en pleno racionalismo, eran más puristas que Mies y a continuación, en la década de los 60, más expresionistas que Kahn... y así sucesivamente.

No me detengo ahora a relatar el propio itinerario, tanto ideológico como práctico, de mi ejercicio profesional, pero en estas notas que se me piden para acompañar a la documentación gráfica de mis últimos trabajos, creo que debo, aunque sea de forma telegráfica, presentar mi posición, tanto a nivel teórico como práctico, por si de alguna manera puedo contribuir a aclarar este confusionismo conceptual en que se encuentra actualmente la arquitectura.

Para mí —ya lo he dicho demasiadas veces— la arquitectura es "un trozo de aire humanizado". Y precisamente, por su esencial cualidad espacial y también humana deja en segundo lugar los problemas técnicos; del cómo conseguir esa compartimentación y humanización del espacio, y de cómo conseguir también posibilidades artísticas que estos medios técnicos de acotar una parcela del espacio natural común puedan proporcionar.

En toda arquitectura existen tres factores esenciales: el programa humano, los medios técnicos y la trascendencia plástica. Pero en la génesis del proceso de creación del diseño, y de una forma más o menos ordenada y más o menos consciente o inconsciente, existe una prioridad de orden jerárquico.

Desde hace ya bastantes años creo que ese



APARTAMENTOS

orden debería ser, primero y muy exhaustivamente el programa humano, a continuación la técnica adecuada, tanto en su cualidad lógica como económica en aquel caso concreto y, por último, y como consecuencia de los dos anteriores, la sensibilización plástica, que por sus propios orígenes tanto humanos como estructurales, nunca deberá terminar en una pura plástica libre como puede ser la pintura o la escultura.

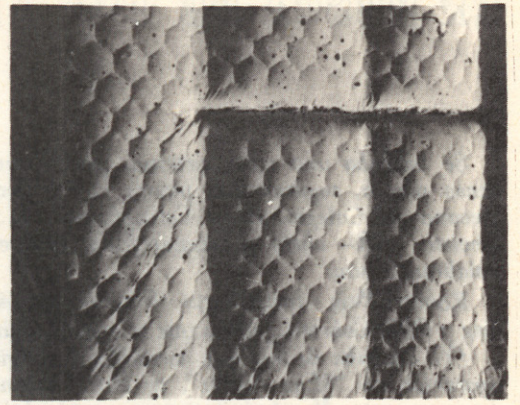
Este concepto mío de la arquitectura —desgraciadamente sólo a nivel teórico— es el que presento con una visión urbanística eminentemente humana y social en mi libro "La Molécula Urbana" y en mis realizaciones arquitectónicas de un cierto expresionismo plástico principalmente en las construcciones realizadas en hormigón y más concretamente en las soluciones en hormigón pretensado y postesado de piezas ligeras y huecas que habitualmente llamo "huesos".

Insisto en que, para mí, es esencial el orden jerárquico mental en el momento de crear el diseño. Y la causa de tanta mala arquitectura como hoy nos rodea, la achaco, al confusionismo en este inicial momento de creación en que unas veces la técnica y otras la plástica se imponen sobre el recto sentido jerárquico que debe presidir este momento creador y terminan por transformarse, en una solución estructural adaptada a espacio arquitectónico en su caso, o en una simple plástica escultórica, más o menos bonita, aprovechada como arquitectura, en el otro. Todo ello como consecuencia de no saber extraer los verdaderos resultados, tanto estructurales como plásticos, que un programa de necesidades humanas bien estudiado puede proporcionar. Muchos y muy claros ejemplos de todo esto se podrían citar y creo también que tiene mucho que ver con la causa esencial de la crisis actual de la arquitectura y del auténtico divorcio que existe entre ella y los nuevos métodos constructivos de prefabricación e industrialización.

Querría añadir que, hace ya más de diez años, vengo intentando conseguir que de alguna forma el hormigón, que es un material que se vierte pastoso en moldes, deje en su expresividad plástica algún recuerdo de su génesis. Esta huella genética creo que podría conseguirse con encofrados flexibles que he comenzado a usar en mis últimas realizaciones.

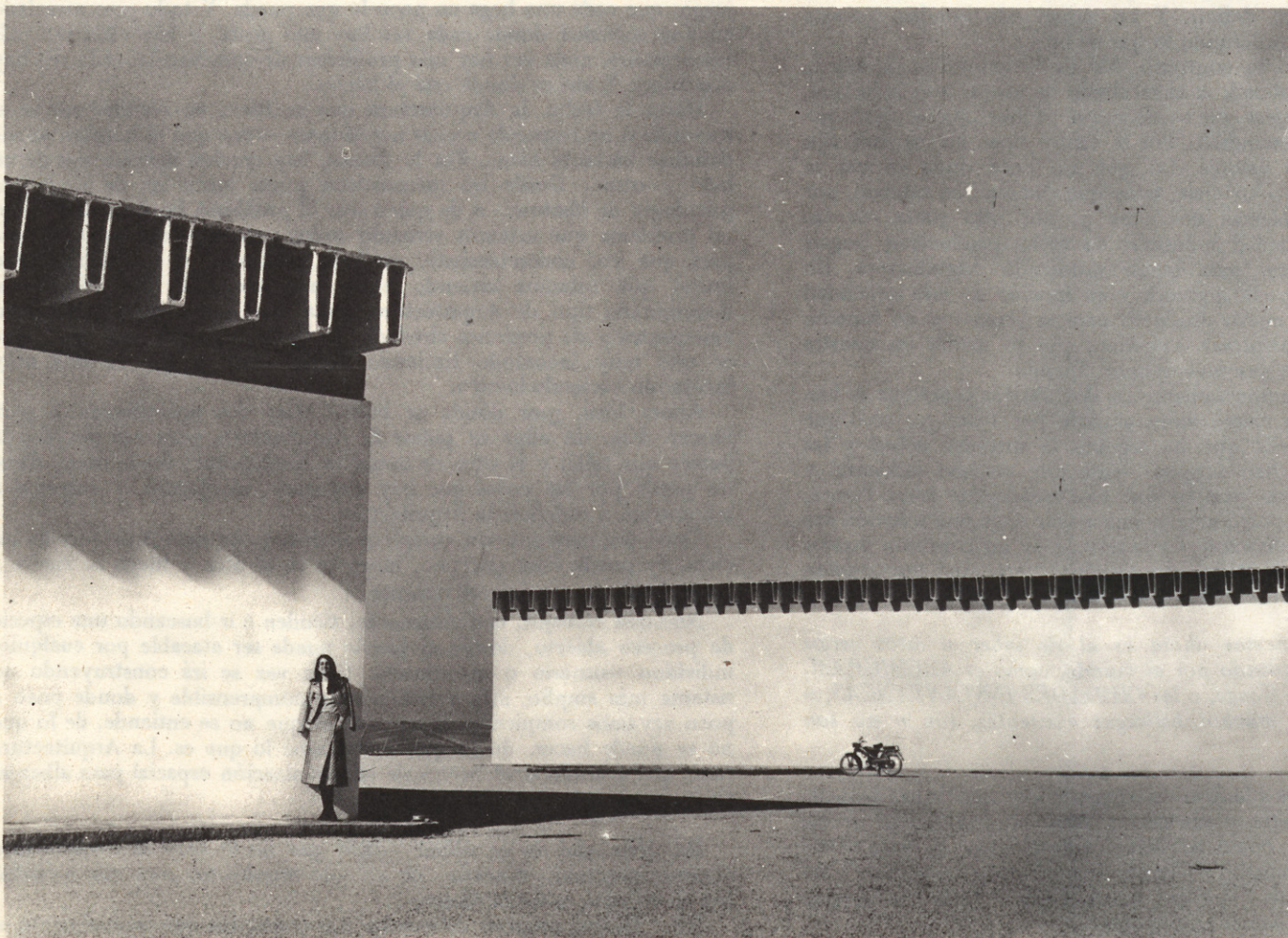
No he tenido vocación de profesor, pero para terminar querría dar un consejo a los estudiantes de arquitectura.

Ese consejo es sencillamente que cuando salgan de la Escuela no vayan a la estación a coger el primer tren que pase... que sigan a pie su propio camino.



Huella genérica de hormi-
gón pastoso

INVERNADERO



BODEGAS